



JUNTO A LA VIA — Cuadro de LINO C. IBORRA.



TRAVESURAS. — Cuadro de EDUARDO URQUIOLA.

Fotografías de Hijos de Mateu.

## EUGENIO MARTIN LAUREL

El joven escultor cuyo retrato acompañamos demostró desde niño aptitudes nada vulgares para el arte que cultiva y pudo augurarse un porvenir glorioso, desde el punto en que, casi adolescente, hizo en Madrid, donde nació y reside, brillantísimas oposiciones para el ingreso en la Escuela Superior de Bellas Artes, las cuales le valieron el número uno.

Correspondiendo a la buena opinión que de él habían formado sus profesores, consagró con tanto ahinco al estudio, que obtuvo nota de sobresaliente en todas las asignaturas de su carrera, además de algunos diplomas de primera y segunda clase.

Cuenta únicamente en la actualidad veintisiete años, y, sin embargo, figura ya entre los artistas contemporáneos de bien conquistada y sólida reputación.

En la Exposición Internacional que se celebró en Madrid en el año 1897, le fué concedida medalla de tercera clase por su estatua *Figaro*, el típico personaje del Barbero de Sevilla, representado en el momento de dar serenata a Rosina.

En el mismo año ganó por oposición el premio de 500 pesetas en la clase de modela-



do del natural y, también por oposición, el título de Profesor de dibujo.

En la Exposición Nacional de 1899, le fué concedida medalla de segunda clase, por la estatua un *Israelista* que representa a uno de aquellos infelices que no queriendo mirar a la serpiente de bronce que Moisés presentaba al pueblo de Israel como redención, es picado por serpientes venenosas.

Le fué adjudicado en concurso público, abierto por el Ayuntamiento de Madrid, la erección de una lápida conmemorativa a don Emilio Castelar, y en el de Profesores meritorios para aquella escuela de Artes e Industrias (Sección artística), obtuvo el número uno entre los concursantes.

En la actual Exposición ha presentado las estatuas «Un Tirador de barras», «Un aragonés en el momento de arrojar la barra» y «Un Golfo jugando al chito», que reproducimos al pie del retrato para que nuestros lectores puedan formar una ligera idea de lo que vale Eugenio Martín Laurel en el palenque del arte escultural.

\*\*\*

Fot. de José Campua.



TIRADOR DE BARRA.



UN GOLFO JUGANDO AL CHITO.



UN ARAGONÉS ARROJANDO LA BARRA.

Fot. de Antonio Candela.

## TODOS RISUEÑOS

Ya estaba harto, pero muy harto, el tío *Jeringa*, viejo mairaco del arrabal de Zaragoza, de que al pasar todos los días ante una elegante sastrería de la calle de Alfonso I, le mirasen los dependientes, y hasta el dueño, como a un animal raro y cuchicheasen y se rieran de él sin respeto alguno.

No, pues él no tenía monos en la cara, ¡qué había de tener! ¡Pacho! los títeres aquellos, más que títeres, los morros de... cualquier cosa, ¿por qué se habían de reír de él? Como no fuera porque era algo jorobado, ó porque no era nada hermoso... No todos pueden ser como los señoritos remilgados que asisten a las sastrerías de lujo. Pues aquella risa se la habían de pagar; ¡vaya si se la pagarían! No así como así es lícito reirse de un hombre honrado.

Una tarde, después de permanecer largo rato parado ante el escaparate, examinando atentamente cuanto en él había expuesto, decidióse a entrar en la tienda. Y entró, vaya si entró; ¿por qué no había de entrar?

—A la paz de Dios—dijo—; ¿Ande está el maistro?

—Servidor de usted, buen hombre.

—¿Conque usted es el amo, eh?

—Sí, señor.

—Vaya, vaya, me alegro mucho de conocerlo. ¿Está usted güeno?

—Bien, gracias.

—¿Y la familia? ¿Güena también, verdá? Pus aquí estoy yo, porque hi venido.

—Bien llegado. ¿Desea usted alguna cosa?

—Sí, señor, sí; ¿no hi de desear? Quio saber cuánto vale esa chaqueta que hay de muestra en el tablerico del cristal.

—Eso no es chaqueta; es un *frac*, hecho de encargo.

—¿Conque de *encargo*? ¡Ah, vamos! ¿Y qué paño es ese?

—Quiero decir que es una prenda encargada por uno de nuestros clientes.

—Tamién me podré yo encargar otra, ¿no le paice á usted?

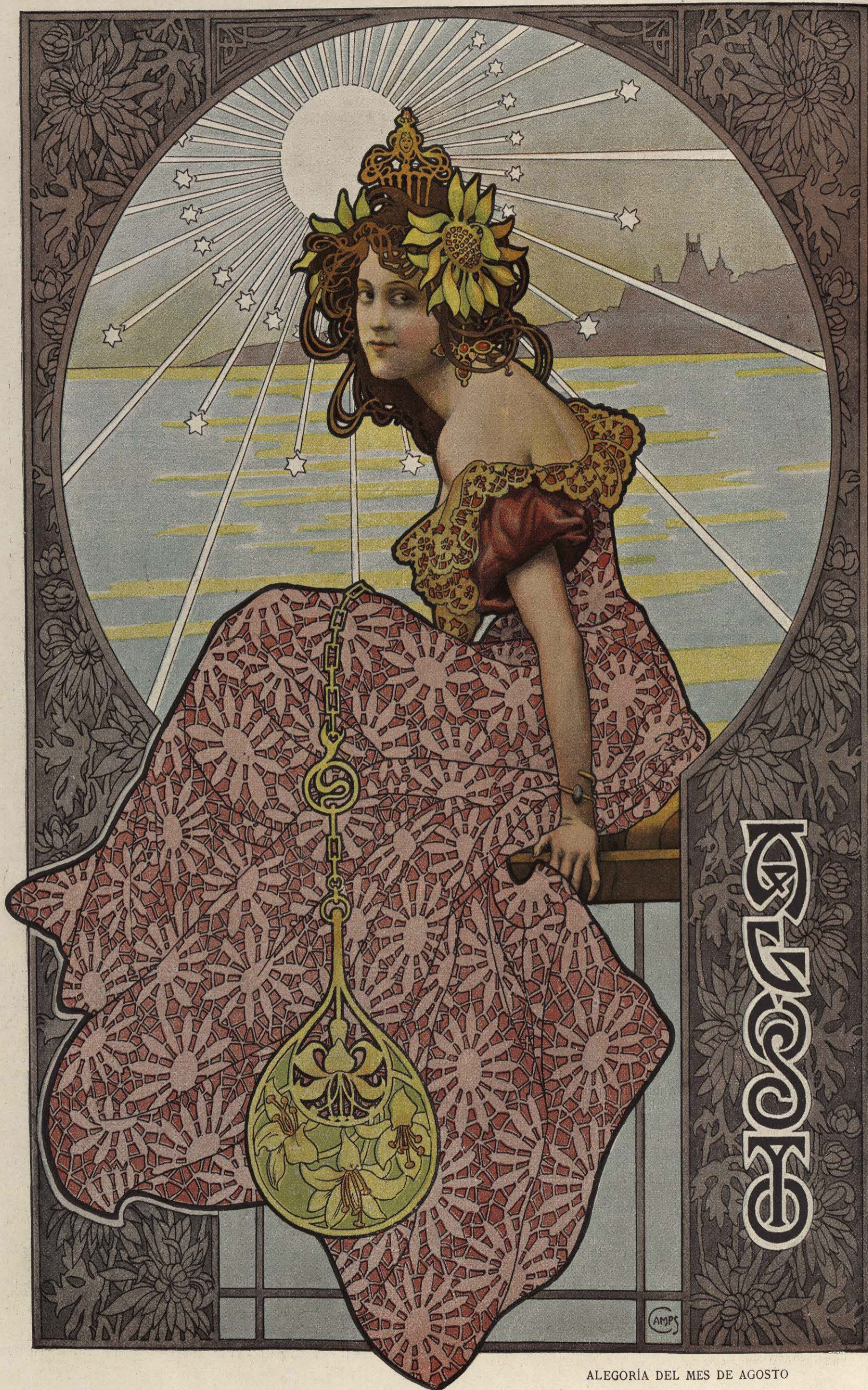
—Indudablemente.

—Bueno, pus vamos á ver, ¿como cuánto me costaría una prenda mismamente igual que esa?

—No es costumbre confeccionarla sola; hacemos siempre el traje de etiqueta completo.

—¡Ay, qué rediez! ¡Que no pueda uno mercar lo que le dé la rial ganal... Yo quio solamente esa chaqueta con esos colgajos tan estiraos, ¿estamos? Porque se ma encaprichao, ¡ea! y porque tengo ineros pa pagala.

—Está bien; no se sofoque usted por eso. Si tal es su empeño, se la haremos. Con franqueza, ¿piensa usted asistir á algún baile del gran mundo?



ALEGORÍA DEL MES DE AGOSTO

—Sí, sí, baile. ¿No ven que voy de luto? Pa bailecicos estamos, cuando se ma muerto la suegra... Ya te digo yo que güenas ganicas se me pasan de llorar, como si me estuvían dando pizcos... Si no juera porque la probe ma dejau un campo, y una burra y unos cordericos...  
 —Le tomaremos á usted medida. —objeté un dependiente, tomando el metro.  
 —No hace falta, no. Carculemos á ojo. Miaja más ú menos...  
 —No puede ser.  
 —¡No ha de poder ser! ¡Vaya si será! ¿Cuánto me llevarían por ella?  
 —Unos veinte duros.  
 —¡Qué barbaridá! Por veinte duros me ferio una tocina del grandor de uno de nosotros.  
 —Los *frac*s son caros. Examine V. el género; es superior. Palpe la tela.  
 —Mesmamente de eso es de lo que mi enamoraó, de la caliá é la tela, que por lo emás maldita la gracia que eso me hace.  
 —Los forros son de seda magnífica.  
 —No quio forros.  
 —Sin forros no se lleva.  
 —¿Y á ustés qué les importa si yo no quió llevarlos? Pus aun que me harían dir al gusto de ellos...  
 —Bien está. Sin forros, quince duros.  
 —¡Jolín! No vale tanto la burra que ma dejau mi suegra.  
 —Pero entendámonos, ¿el *frac* es para la burra?  
 —No, señor, que es pa mí.  
 —Pues ya sabe el precio. No es costumbre aquí regatear; conqué no hablemos más.  
 —¿No himos de hablar? ¡Y tanto! Como que quio saber ahura cuánto me costaría medio fraque.  
 El dueño y los dependientes reprimen con enorme trabajo la risa que pugna por asomar á sus labios, aunque les pasan deseos de echar de allí al matraco con cajas destempladas. Pero se deciden á contemporizar hasta ver en qué para aquello, y le responden:

—Medio *frac* vale diez duros. ¿Pero pretende usted cubrirse el cuerpo tan sólo por un lado?  
 —¡Quiá! No, señor; por denguno.  
 —Entonces...  
 —Ya vamos en camino. Pué ser que aún nos entendamos. Ahura deseo saber el precio de uno de esos faldoncicos.  
 —Dos duros.  
 —Carico me paice, pero ya nos arreglaremos. ¿Quién ustés seis riales por él?  
 —Imposible. No hacemos rebaja.  
 —Doy seis y medio, ¡vaya!  
 —No puede ser.  
 —Pus no paso de ahí. Conque agur, y dispensen. Otra vez será.  
 —Vaya usted con Dios.  
 —Vamos, siete; pero ni un chavo más. ¿Hace?  
 —No.  
 —Miren que les pesará; que no golveré...  
 —Es inútil; no lo venderemos. Pero oiga usted y sáquenos de una vez de nuestra curiosidad—dice el dueño.—¿Para qué quiere usted comprar tan sólo un faldón? ¿Y el resto de la prenda?  
 —Eso no lo quio pa nada.  
 —¿Pues qué haría usted con el faldón?  
 —¡Qué había de hacer! Un pañolico pa la cabeza. ¿No lis he dicho endenantes que voy de luto por mi suegra?  
 —Hombre, por Dios, si esa tela no es propia para pañuelos...  
 —No le hace. Así se rirían ustés de mí, al véme lo puesto, con más ganas de lo que san rido hasta de ahura. Pero, aunque no lo lleve, ya se puen rir, ya, que por mucho que se rían no se rirán de mí tanto como yo me he rido de ustés, por drengo, en este ratico. Conque... hasta la vista. Estamos en paz.

JULIO VÍCTOR TOMEY



EXCMA. SRA. CONDESA DEL CASTELLÁ. DIRECTORA DE *Manos Blancas*.

Fot. de Napoleón, hecha expreso para esta Revista.

LEVAR el sello feminista al periódico, prescindiendo de ciertas preocupaciones que encajan mal en esta época de indiscutible progreso en las ideas; esta es la labor que se impuso recientemente *El Liberal* en Barcelona, publicando con el título *Manos Blancas* una hoja por y para la mujer.  
 La empresa era, en verdad, difícil, si había de ajustarse á los propósitos de los iniciadores.  
 Un espíritu cultísimo, un alma educada en el buen gusto, ha dado realidad en plazo inverosímil por lo breve, á lo que se creyó poco menos que irrealizable. La Excma. Sra. Condesa del Castellá, directora de *Manos Blancas*, es una mujer de sólida educación literaria y de excepcional talento.  
 Familiarizada con cuatro idiomas, conoce los clásicos italianos, fran-

ceses, ingleses y alemanes, tan á fondo como los de nuestro siglo de oro.  
 Sus frecuentes viajes por Europa la han dotado de un profundo espíritu observador; su vocación por las letras, de gran caudal de conocimientos.  
 Produce con facilidad pasmosa y, aparte su imaginación brillante, tiene un sentido crítico admirable que ó mucho nos equivocamos ó le reserva en lo porvenir señalados triunfos.  
 Muestra reciente de ello, son los hermosos artículos que publicó bajo el epígrafe *Las mujeres de Temyson*. En tales escritos brillan las galanuras de un estilo vigoroso y la sutileza propia de los espíritus formados en esa labor analítica de los buenos modelos literarios, cualidad que es siempre patrimonio exclusivo de los escritores de más sana cultura.